

## Todo a Cien

La mayoría de los jóvenes los desprecian, pero si las amas de casa pudieran, hubieran puesto la lista de boda en los Todo a Cien. En ellos se unía cierto tufillo de postguerra, esas lonjas apenas encaladas y con cachivaches desperdigados, y la abundancia de los 90: era posible encontrar de todo en ellos, como en los viejos colmados, pero los tiempos habían cambiado, y curiosos artefactos mecánicos, e incluso Santa Clauses que movían las caderas aparecían como novedades en las estanterías de los Todo a Cien.

Surgieron de la nada, una familia de chinos que abrían un local, y cerraban con la misma celeridad, como las tiendas mágicas de las que habla Terry Pratchett, que duran apenas una temporada y luego desaparecen, sin atender a garantías ni a reparaciones de los productos defectuosos. En realidad, nadie esperaba de un Todo a Cien que diera la cara si los destornilladores se rompían al tercer día, y nadie reclamaba finura en la porcelana, ni oriente en las perlas de plástico.

En otra lonja similar, en otro país, miles de personas coserían los delantales y pulirían los morteros que se vendían en la tienda de la esquina. Eso no importaba, lo único imprescindible era que se necesitaba veinte enchufes y que salían por mil pelás. Que era posible comprarle al niño un juguete cada semana, un dinosaurio de colores brillantes, o una bailarina que, como Papá Noel, movía las caderas al bailar. Sin duda existía pobreza y miseria infiltrada entre los dientes de los tenedores, y destilada gota a gota en las lacas de uñas, pero, ¿dónde no hay pobreza? ¿Es que las grandes superficies no explotan, no abusan del Tercer Mundo las imparables cadenas multinacionales?

Ahora una inspección del Consejo de Economía ha revelado lo que ya se sabía: que las irregularidades son notables, que no figuran instrucciones ni direcciones en los artículos a la venta, que los juguetes y los productos electrónicos no superan el menor examen, y que si alguien pide explicaciones, encuentra libritos que acompañan los objetos en lenguas tan vistosas como chino, y coreano.

Se compra en ellos porque algo hay que comprar, porque todo el mundo lo hace, porque a ver si no, porque los veinte duros ya no alcanzan a nada, y con ellos puede accederse, en esos locales de va y viene, a una caja de palillos, un paquete de detergente, bombillas, un escoba, un pañuelo de poliéster, dos cuadernos o cuatro horquillas de pelo con la cabeza de una muñeca. De dónde viene, no se sabe. Ni se desea saber. La gente de los Todo a Cien, los chinos y los consumidores, viven el día, llegan a la noche, pero raramente piensan en mañana, cuando los juguetes se rompan, las bombillas se fundan o la escoba se quiebre por la mitad. Habrá llegado algo para resolver el problema: en realidad, los Todo a Cien y la lotería son primos hermanos. Suplen, a base de buena voluntad y fantasía, la desnudez de las lonjas, la pobreza de lo cotidiano, la monótona realidad, con la promesa de la abundancia.